



La herencia de la
Familia Arenas

La herencia de la **Familia Arenas**



Matilde Priante

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 1867-2026

ISBN: 979-13-7046-982-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Matilde Priante

© Cubierta: Acuarela de **ADOLF**

© Fotografía: **ADOLF**

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para mis padres, que me enseñaron a disfrutar de la lectura, el cine, la música, el teatro y sobre todo a amar la vida.

PRIMERA PARTE

EL VELATORIO

Barcelona 1967.

La casa estaba completamente llena de gente, el recibidor, el largo pasillo, comedor y salón. Amigos, parientes y vecinos se habían congregado para acompañar a la familia en aquel trance.

Cada nuevo visitante que llegaba hacía el mismo comentario. Todos creían que el fallecido era el hermano del muerto. Era más lógico que se hubiera muerto el enfermo y no el que estaba sano. Tantas veces se repetía el comentario que Eugenia, la esposa del enfermo, no la del fallecido, tenía la sensación de que debía pedir excusas por no ser su marido el muerto, y Anita, la viuda, empezaba a sentir animadversión hacia su cuñada, ya que según la opinión de todo el mundo era su cuñada la que debía ser la viuda. No obstante, si hubiera sido así, ahora no sería ella el centro de atención, cosa que pocas veces ocurría en su vida. Recaían sobre Anita todas las condolencias, abrazos, palabras de consuelo y la demanda de que una vez y otra explicase cómo había ocurrido el desenlace.

Hacía unas horas que el fluir de la gente era continuo, así como los mismos comentarios, cuando de pronto, algo extraño empezó a notarse en el ambiente. Salió de entre un grupo de familiares, los más cercanos. Uno de ellos estaba siendo el centro de atención, hablaba con cuidado, de forma que nadie que no fuera del círculo íntimo a la familia se enterara. Era el mejor momento para difundir la noticia porque pocas veces se llegaba a reunir la

familia en toda su extensión. Un nombre dicho en voz baja, casi en un susurro, empezó a correr de boca en boca. Los mayores, al oírlo, proferían palabras de exclamación, la expresión del rostro de muchos de ellos era de sorpresa y alarma. En cambio, los más jóvenes no entendían nada y repetían el nombre preguntando quién era esa persona, que de pronto había hecho olvidar al muerto, a su hermano enfermo que debía, según todo el mundo, haber sido el muerto. ¿Quién podía ser esa persona cuyo nombre creaba tal ambiente de expectación, inquietud y hasta miedo?

La llegada de un nuevo familiar rezagado obligó a ponerle al corriente de la situación, y sin darle tiempo a expresar el pésame a Anita, el primero que se cruzó con él en el pasillo le dijo: «Dieguito ha salido de la cárcel».

—¿Quién es Dieguito? —preguntaban los pequeños.

Los padres respondían con evasivas: «Ya te lo diré, ahora no es el momento».

Por entonces Dieguito debía tener cuarenta y tres años, había pasado los últimos veinte en la cárcel.

MORA

Sevilla 1900.

La situación familiar cada día era más insostenible. La economía estaba por los suelos. María había tenido que prescindir de casi todo el servicio. Ya no sabía qué hacer, nunca pensó que llegaría a este extremo cuando se casó hacía nueve años. Sus padres vieron con buenos ojos a su novio, era abogado y de buena familia. Lo que no sabían, o si lo sabían pensaban que eran cosas de juventud, era su pasión por el juego. Esta pasión le perdía, una y otra vez se juraba a sí mismo que era la última partida, pero volvía sin remedio y perdía. No solo era la pérdida económica en sí, sino que su trabajo se resentía. Por mediación familiar había entrado a trabajar en un despacho de abogados conocido de su padre. Lo habían aceptado sin dificultades, Mateo era un joven agradable, simpático, tenía don de gentes y «labia». Poseía además unas grandes dotes de observación, captaba enseguida a sus interlocutores, pocos le engañaban, y por otra parte su simpatía, trato afable y acogedor daba lugar a que los clientes se sintieran cómodos con él y le contaran sin reparo sus problemas. Otra de sus aptitudes era la facilidad para redactar, se sacaba de encima sin ningún problema cualquier documento por complicado que fuera el tema. Total, que en el despacho pensaron que habían hecho una estupenda incorporación y que la firma iba a crecer en todos los sentidos con la integración de Mateo Arenas. Pero existía un problema que nadie contaba, su pasión por el juego. En un principio la familia tampoco le dio importancia. Era una cosa normal

de jóvenes, y de estudiantes, las salidas por las noches, «los finos» con los amigos y alguna que otra partida de cartas. Su padre pensaba: en cuanto empiece a trabajar y se case, sentará cabeza. Por tanto, no pusieron trabas al noviazgo aun cuando fueran ambos novios muy jóvenes. El padre les facilitó la casa, incluso la amuebló, y las madres respectivas buscaron el servicio doméstico que creyeron necesario para ayudar a la nueva ama de casa, una cocinera y una criadita joven sería suficiente de momento, hasta que aumentaran la familia y también los ingresos.

Los primeros meses de casados parecía que todo iba a ser perfecto. Pasaban los días tranquilos, él del despacho a casa y ella entretenida con pequeñas labores y de visita a casa de sus padres o a casa de las amigas, así como recibiendo a estas en su estrenado hogar, lo cual le hacía muy feliz. Un año más tarde llegó el primer hijo y todo presagiaba lo mejor ya que fue un niño deseado y bien recibido. Entonces hubo que añadir una persona más al servicio, una niñera, lo cual no presentó ningún descalabro económico. En el despacho estaban contentos con el trabajo de Mateo y en el momento del nacimiento del niño, el regalo fue un aumento sustancioso de sueldo por lo que el niño había llegado con un pan bajo el brazo. Pero tal vez por estar María entregada al niño y desatender a su marido, o tal vez porque la racha de tranquilidad duraba mucho, una tarde al salir del despacho, Mateo decidió ir a ver a los amigos de antes. Seguían reuniéndose en la misma tasca de siempre, la mayoría continuaban con su vida de solteros, unos acabando la carrera, otros preparando oposiciones y otros viviendo de rentas, pero sin nada ni nadie que les apremiara a no gastar dinero ni a volver a ninguna hora a casa.

Mateo se dijo: solo pasaré a saludarles y me tomaré un fino, así llegaré a casa cuando mi madre, la suegra, hermanas y cuñadas se hayan marchado de casa. Desde que nació el niño todas las tardes iban a la casa y hasta la hora de la cena no se quedaban solos

los dos, aun así, era raro el día que cenaran sin que María no se levantara varias veces para ir a ver al niño, aun cuando estaba la niñera ella no se quedaba satisfecha si no comprobaba que el niño dejaba de llorar o le explicara la niñera el porqué del llanto y qué había hecho para solucionarlo. Luego en la habitación, durante la noche, María se levantaba varias veces para atender al niño, decía que era su deber y que la niñera, que también era ama, debía descansar para que así tuviera mejor la leche para el niño.

Total, que los momentos de intimidad de la pareja eran escasos y casi siempre con sobresaltos o interrupciones.

Mateo se sentía aislado de todo aquel lío de mujeres y niño, y sintió como no lo había sentido desde que se había casado la necesidad de ver a los amigos y pasar un rato con ellos. Fue recibido con aplausos y vivas al papá y marido feliz, pero sobre todo se alabó su reencuentro. La verdad es que eran pocos los casados que dejasen del todo los amigos, la mayoría se reunían al menos para tomar unas cañas o unos finos antes de cenar, y algunos también prolongaban la salida después de cenar con actividades menos inocentes que la simple tertulia entre amigos.

Aquel día en concreto se hablaba de una partida de cartas, iba a empezar y todos animaron a Mateo a unirse. Se mostró reacio, se entretendría demasiado, tomó un par de finos y se marchó. Al llegar a casa, lamentó no haberse quedado más tiempo. María estaba de mal humor, el niño estaba inquieto y llorando todo el tiempo, su madre y suegra casi se habían peleado porque cada una daba una opinión diferente sobre lo que se debía hacer o sobre lo que tenía el niño. La niñera daba también su opinión y respondió de malos modos a todas por no hacerle caso y reclamaba quién tenía la autoridad en aquella casa y ella, María, no sabía qué hacer, daba la razón a una y a otra, pero el niño seguía llorando y al final se fue todo el mundo, niñera incluida. A todo esto, él dónde estaba porque se había tenido que enfrentar a todo

el mundo sola. Lloraba, pero más que llorar tenía una furia dentro que iba saliendo a borbotones, recibieron todos, la suegra, la madre, la niñera y en especial él por no estar en casa a la hora que ella esperaba que pudiera ayudarle a solventar aquel barullo.

Al día siguiente, todo volvió a la calma, incluso volvió la niñera, esta al poco rato ya que era consciente de que debía alimentar al niño, y también volvieron como siempre por la tarde las dos abuelas, esta vez sin apenas hablar entre sí y manteniendo una calma tensa.

Hablaban a su hija y nuera respectivamente pero no entre ellas, y aun así tenían un tono hacia María entre dolido y circunspecto. Mateo llegó temprano y con sus bromas y simpatía rebajó la tensión y todo volvió a su lugar. Quien no se calmó fue María, le quedó un enfado crónico que le hacía estar malhumorada y saltaba por todo, especialmente se mostraba quisquillosa con Mateo, le molestaba su ausencia del día del enfado y a la vez que hubiera solucionado tan fácilmente la situación al día siguiente cuando ella había sido incapaz. El enfado le duró muchos días y aun cuando fue pasando, se quedó como algo enquistado y por la más mínima cuestión saltaba nuevamente, lo cual no impidió que María quedase embarazada a los escasos diez meses de haber nacido Diego.

A los pocos días Mateo volvió otra vez a la tertulia con los amigos y esta vez la prolongó con su participación en una partida, ganó dinero y volvió a casa tan contento. María llevaba mal el nuevo embarazo, y estaba casi siempre en cama, con un humor cambiante que iba de la alegría a la melancolía y de la pasividad a la agresividad verbal más impulsiva.

Durante los meses del embarazo y después del nacimiento de la niña, Mateo siguió con las salidas con los amigos y las partidas de cartas. A veces ganaba, otras perdía, por lo que quedaba compensado y no alteraba la economía familiar. Pero vino una racha

continua de pérdidas, no lograba recuperarse, y empezó a estirar dinero de la casa. Siempre se prometía que a la partida siguiente iba a ganar, recuperaría el dinero perdido y ya no iba a jugar más, pero esto no llegaba, y llegó el día en que se vio obligado a pedir un adelanto del sueldo. Su gracia y labia le valió en ese caso con su superior para contarle una complicada historia en la que se había visto obligado a socorrer a un amigo y ahora era él quien estaba en el apuro. Consiguió ganar, devolvió el dinero y se puso al día, pero no dejó de jugar, se había disparado la adicción y no podía parar. Por otro lado, los gastos aumentaban, un nuevo niño llegaba, y no cabían en la casa, buscaron un piso más grande y el alquiler era también superior. Asimismo, el sueldo hacía un tiempo que no subía, su preocupación por su situación económica y por las pérdidas, ocasionó una falta de atención en el trabajo. No resolvía con la misma agilidad los casos, e incluso se produjeron olvidos importantes con consecuencias irreparables. Sus jefes pensaron que pasaba por un momento bajo, y seguían confiando en él, pero no le subieron el sueldo, pensaban que tal vez así se esforzaría más y si volvía a su eficacia anterior, ya le recompensarían.

Pero esta situación propició que tratara de obtener mediante el juego lo que le faltaba en el sueldo, así que se volcó más y entonces las pérdidas fueron superiores, hasta el caso de que empezaron a retrasar el pago de los jornales al servicio, estas aguantaban, la casa era buena, querían a sus señores y adoraban a los niños. Pero cuando la cocinera se vio obligada a comprar de fiado, ya no pudo más y se enfrentó a María. Esta no entendía nada, pensaba que era culpa de ella que no sabía llevar la casa, pero tampoco eso era claro ya que ella se limitaba a los gastos básicos y quien llevaba las cuentas era Mateo. Un día no pudo más y se lo explicó a su madre, hasta entonces por vergüenza no le había dicho nada de sus apuros. Su madre corrió a decírselo a su marido y este llamó inmediatamente al yerno. Nuevamente Mateo utilizó su labia

para excusarse con su suegro y tan bien lo hizo que consiguió un generoso préstamo que le sirvió para ponerse al día con el servicio y con los tenderos. Durante un tiempo pareció que todo volvía a la calma. Trabajó con ahínco y sus jefes le recompensaron con un aumento de sueldo al nacer el cuarto hijo. Pero seis meses después el pequeño murió después de estar un tiempo enfermo, ante el desespero de María y la impotencia de todos para consolarla. Además, en ese trance le faltó a María, su principal apoyo, su madre, un mes después de nacer el niño, murió de repente, un ataque al corazón, dijeron los médicos. María no lo aceptaba, su madre era una mujer joven, fuerte, dinámica, era matrona. María estaba acostumbrada a verla salir de casa a cualquier hora para atender partos, sin quejarse nunca por no dormir muchas noches enteras. Lo curioso es que desde la boda de María, no atendía a tantas parturientas, decía que quería ayudar a su hija, ocuparse de sus nietos. Y precisamente ahora cuando descansaba las noches completas, tuvo un infarto.

María no quería ningún consuelo, no aceptaba la situación y no quería apartarse de su madre. Estaba con ella, velándola, cuando sucedió el hecho más insólito que pudiera esperarse. Estaba sentada en una silla, al lado del catafalco preparado con las velas y flores alrededor, sollozando y repitiendo una y otra vez: «Mamá, ¿por qué te has ido?, qué sola me has dejado, mamá, mamá...».

Cuando y como respondiendo a su llamada, mamá se levantó de su ataúd y con una voz gutural, llamó a su hija: «Hija, hija...».

La reacción de María no fue de alegría al ver a su madre viva, sino de terror, y echó a correr, pero en su intento desesperado por escapar de la resucitada, no atinaba a dar con la puerta y se daba de cabezazos contra la pared. Ante sus gritos y el ruido de sus cabezazos, el resto de la familia que estaba en la sala rezando el rosario acudió a ver lo que pasaba, y ante lo que ella les decía, creyeron todos que se había vuelto loca. Pero su padre se acercó al

catafalco y pudo comprobar que ciertamente allí estaba su esposa medio incorporada, con los ojos abiertos y el esbozo de una sonrisa. Cuando le vio, le dijo: «¿Te pensabas que ya te habías librado de mí? Pues no».

Sobrevivió a ese incidente peculiar, pero no infrecuente, unos quince días, al cabo de los cuales murió de verdad. Adoptaron entonces todos los medios a su alcance para estar seguros del fallecimiento. Después del nuevo velatorio, la tuvieron unos días en la «morgue» del hospital en observación. Cada día pasaba por allí su médico de cabecera para observar cualquier cambio que evidenciara un nuevo error en la certificación de la muerte, pero no fue así. Incluso empezó a deteriorarse el cadáver y a exhalar un olor inconfundible, así que por fin la enterraron.

María estaba muy trastornada con todo este hecho, no solo por la desaparición de su madre, sino por su propia reacción. Mateo, aunque con cuidado de no ofenderla, no podía evitar en muchos momentos burlarse de ella. «Mira que estar llorando la pérdida de tu madre y cuando vuelve, te echas a correr y te das cabezazos, un poco más y te matas, chiquilla, mira que eres niña». A María no le hacía ninguna gracia la broma de su marido. «Ya te hubiera querido ver yo en ese momento», pensaba. «Muy gallo, pero seguro que también hubieras salido corriendo».

No obstante, la atención a sus hijos y la cotidianidad fueron volviendo todo a la calma hasta que enfermó su hijo pequeño y en pocos días murió. Nuevamente estaba María velando a un muerto y esta vez pedía con rabia e insistencia a Dios que le resucitara también a ese niño. Pero esta vez no fue escuchada y el niño se fue con su cajita blanca al panteón de la familia Arenas. María estaba derrotada, hundida, demasiadas atribulaciones en tan poco tiempo. En menos de un año, había tenido su cuarto hijo, muerto dos veces su madre y, para colmo, testigo de una resucitación, y también se había muerto su hijo con apenas seis meses. No podía

asimilarlo todo, era demasiado para una mujer que aún no tenía treinta años y que hasta hacía poco su mayor preocupación era no estropear un bordado o no haberse aprendido del todo un papel en la obra de teatro que ensayaban. Total, que la tensión durante este tiempo fue intensa y la actitud de María hacia Mateo distante; le hacía a él culpable de su dolor, si no hubiera nacido ese niño no le habría visto morir y no sufriría lo que estaba pasando. Este razonamiento desmontó a Mateo, pensaba que en el nacimiento del niño tenían parte los dos y debían compartir los dos el dolor de su muerte, pero María se negaba a compartir nada con él, le excluía, con rabia y resentimiento. Todo ello no impidió que tres años después de la muerte del bebé naciera otro niño, Andrés. Mientras los niños mayores con ese ambiente de tristeza en la casa, tanto se aislaban y escondían como no paraban de alborotar y pelearse entre ellos, lo que alteraba aún más los nervios de María. La abuela, ahora solo una, y las cuñadas no sabían qué hacer; cuando iban muchas veces eran mal recibidas y cuando tardaban en volver se les recibía con reproches por no acudir, con lo que espaciaban las visitas. Además, a María, la vista de su suegra aún la exasperaba más y, aunque le sabía mal, pensaba en que por qué no se había muerto su suegra en vez de su madre.

Otra vez Mateo se refugió en los amigos y en las partidas y otra vez volvió a perder, y esta vez de forma importante. De tal manera que llegó el rumor hasta el despacho y esta vez fueron sus jefes quienes hablaron con su padre; si seguían así las cosas no tendrían más remedio que prescindir de él, les había defraudado, no tenía el rendimiento que esperaban, no cubría las esperanzas que habían puesto en él y además era un desprestigio para el despacho puesto que sus pérdidas en el juego iban en boca por toda Sevilla. Entonces fue el padre de Mateo quien solventó las deudas y habló seriamente con su hijo, tenía que dejar de jugar, peligraba su trabajo, la familia y el prestigio de todos. Cuando Mateo se enteró de lo que habían dicho de él sus jefes, en un arrebato de orgullo

e ira, se despidió, no toleraba que nadie le hiciera concesiones ni recriminaciones, ya encontraría trabajo en cualquier despacho de Sevilla y mejor pagado. Pero no fue así, y se vio obligado a aceptar un puesto de oficinista en un banco en el departamento de contabilidad. El sueldo era la mitad de lo que ganaba en el bufete, por lo que hubo que hacer restricciones notorias en la casa. Prescindieron de la niñera y la cocinera también fue despedida, se quedaron con la criadita y María se puso a cocinar, de lo cual no tenía ni idea y no le gustaba en absoluto. Se mudaron a un piso más pequeño, pero aun así mantenían las formas, la criada llevaba cofia y María vestía lo mejor que podía, se hacía ella los vestidos y también los de sus hijos, por lo que pasó de una vida sin apenas trabajo ni obligaciones a no parar en todo el día y a coser de noche. Sacó una energía que nadie imaginaba y continuaba con su imagen de señorío a la que por nada iba a renunciar.

Esta situación consiguió enderezar por un tiempo a Mateo y volvió al orden, cumplía con su trabajo y llevaba con humor y estoicismo los cambios en la casa, soportando los guisos de María. Curiosamente, el hecho de estar más ocupada le había cambiado el humor y estaba más contenta que antes, incluso cantaba y organizaba reuniones de amigos, que durante un tiempo evitó. La casa, aunque pequeña y algo sencilla, estaba esmeradamente cuidada y decorada. No faltaban cortinas ni plantas y era acogedora y alegre.

En las fiestas, unos cantaban, otros recitaban. María renacía cuando recitaba y todos recordaban los años en que quiso ser actriz, aspiraciones que lógicamente sus padres le quitaron de la cabeza y le inculcaron las delicias de ser esposa y madre. La calma se rompió con un nuevo hijo. Pero nuevamente este pareció traer un pan bajo el brazo, subieron de categoría a Mateo y también el sueldo, con lo que respiraron nuevamente y pudieron tener una nueva criada que hacía también de niñera. María se vio algo ali-

viada, aunque no pudo salvarse de la cocina que seguía llevándola como podía, más bien mal. A pesar de que durante unos años se mantuvo una cierta bonanza económica, el hacerse cargo de la casa con el temor constante de verse otra vez en una situación precaria le creó una ansiedad que María no sabía cómo controlar. De todas sus obligaciones, la que le resultaba más difícil era atender a su marido, ya que al mismo tiempo él era el culpable de todas ellas, empezando por los altibajos económicos y acabando por los hijos, ya que en su cuidado y atención se sentía sola. Él llegaba tarde a casa, trabajo decía él, juego pensaba ella, pero fuera lo uno o lo otro, allí estaba ella, vigilando que Diego no estuviera todo el tiempo pegándose con José, que José no usara las muñecas de Luisa como balón, que Luisa se olvidara de vigilar a Andrés, y que Andrés no garabateara en los cuadernos de Diego, para decirle además que había sido José, y con la excusa de los cuadernos garabateados, Diego no hubiera hecho sus deberes de colegio.

Diego, el mayor, ya tenía doce años, era un niño difícil, con un carácter fuerte, había heredado el genio o mal genio de su madre y a la vez a ratos era tan encantador como su padre. Era un niño que divertía a las visitas, pero si se le forzaba a hacer alguna gracia podía responder de la forma más grosera, así que cuando la familia animaba al niño a lucir sus habilidades, después de la primera negativa del niño, María optaba por retirarlo, antes de que todo el mundo quedase escandalizado por sus expresiones. Lejos de enfadar esto a Mateo, le hacía mucha gracia y provocaba al niño para que soltara más barbaridades ante el desespero de María. Por otra parte, era un niño listo que hacía valer su posición de fortaleza y dominio sobre los demás, incluyendo esto a sus hermanos y hasta a su madre, a la cual tiranizaba. Cuando se vieron obligados a reducir servicio, un día encargó María a Diego que fuera a buscar una botella de aceite al colmado, a lo cual se negó rotundamente el niño. Ella le obligó con energía y el niño fue a la tienda, pero regresó con la botella sobre el hombro y con el tapón

mal cerrado, por lo que el aceite se fue vertiendo por toda la ropa. María propinó una soberana paliza a su hijo, que no le resarció de perder un litro de aceite y tener que lavarle toda la ropa.

Luisa era una niña en principio sin problemas, también alegre a ratos y otras se aislaba con un mutismo extraño, se quedaba con los ojos fijos en un punto durante mucho rato, luego volvía a su vida tal cual. A Mateo y María les preocupaba esto, pero tenían tantas preocupaciones que, puesto que Luisa no molestaba, la dejaban estar. José era un niño feliz, juguetón y noble, sin más complicaciones, no molestaba y esperaba que no le molestasen manteniéndose alejado de su hermano mayor, ya que, si estaba cerca, recibía. El pequeño tenía un comportamiento también algo extraño, no hacía demasiadas travesuras, pero cuando las llevaba a cabo, tenía la sutileza de cargárselas a otro, generalmente a José, que se las cargaba todas, tanto las que venían de su hermano mayor como las del pequeño.

Después de unos años de tregua e incluso resurgimiento, y también de una hija más, Amalia, Mateo volvió a jugar, a ganar y a perder, sobre todo esto último, tanto que tuvo que acudir a prestamistas, por lo que la situación llegó a ser insostenible. Otra vez una criada fue despedida y otra vez empezaron las deudas en las tiendas del barrio. Esta vez fueron los hermanos de Mateo quienes resolvieron la situación, pagaron todas las deudas y le buscaron un nuevo trabajo, pero lo más lejos que pudieron y lejos también de un núcleo urbano importante para así impedir las tentaciones. Así que quince años después de casarse, Mateo y María iniciaron una nueva vida en un pueblo a orillas del Llobregat, cerca de Barcelona. Mateo entró a trabajar como contable en una de las colonias textiles de la riba del río, y con vivienda en el pueblo.

El cambio para María fue traumático, se encontró viviendo a cientos de kilómetros de su familia, en un pueblo donde se

hablaba casi exclusivamente en catalán, muy alejada no solo en distancia física sino en cuanto a su ambiente de todo lo que había sido su vida hasta entonces. En una casa pequeña, muy sencilla, sin criada y sin las comodidades y facilidades que había tenido hasta entonces. Luisa, ya con doce años, ayudaba en casa, era la única ayuda, los chicos con catorce, Diego, a José le faltaba poco para cumplir los diez y Andrés con seis años solo contribuían a hacer la vida más difícil a las dos mujeres de la casa, y la pequeña Amalia acababa de cumplir tres años al llegar al pueblo.

Se rebelaban sobre la situación, especialmente Diego, el mayor, que recordaba los buenos tiempos y se revolvía contra sus padres, que le habían llevado a un sitio extraño en todos los sentidos, puesto que no entendían ni lo que hablaban los otros chicos. Los primeros meses de estar allí fueron muy duros, pero María poco a poco se fue adaptando, tenía buena relación con las vecinas, dentro de unas distancias, la veían como una persona de una posición superior que había ido a menos, y aunque algunas la rechazaban, otras se erigieron en protectoras y le ayudaban. También en esto influía su actitud, María comprendió que no podía tener un comportamiento arrogante con la posición actual, pero mantenía su dignidad. Aceptaba la situación como una circunstancia pasajera que pronto se superaría. Se hacía la ilusión de que, pasado un tiempo, su marido mejoraría su posición en la colonia o tal vez pensaba que encontraría un trabajo mejor en Barcelona y se trasladarían allí. Añoraba muchísimo Sevilla y su vida de entonces, pero al mismo tiempo se sentía traicionada por la familia, la propia y la del marido, pensaba que los habían abandonado, sin tener en cuenta su dolor por la separación. Ni tan siquiera la abuela había intercedido para no perder a los nietos, si su madre hubiera vivido todo sería diferente, pero de su suegra no se podía esperar nada, siempre sumisa a las decisiones tomadas por su marido, su opinión no contaba, y estaba convencida de que era lo mejor para todos.

Así que María, pensando en su familia, se decía: peor para ellos, no les verían más y superarían su situación sin la ayuda de nadie, e irían a vivir a Barcelona a una gran casa, con servicio y con todo a lo que estaba acostumbrada.

Durante unos años la situación fue estable, no mejoraba, pero tampoco empeoraba. Mateo cumplía con un trabajo que no le gustaba en absoluto, y con un aislamiento que le gustaba menos, pero se volcaba en la familia y los hijos. Estaba con ellos, les inculcaba el amor a la lectura, el teatro. En un principio pensaron en participar en la compañía de teatro de la colonia, pero todas las obras se hacían en catalán. Si bien el maestro de la colonia, que era además el director de la compañía, le decía a Mateo que no es que no quisieran hacer alguna obra en castellano, sino que el problema era que la mayoría de los componentes del grupo lo hablaban con dificultad, pero que contaba con ellos para hacer alguna obra en la que hubiera poco reparto, lo cual no se cumplió nunca, puesto que la filosofía de la colonia era que cuanto más gente interviniera en las obras de teatro mejor, ya que así estaban ocupados y distraídos. Por lo que Mateo decidió que se arreglarían a su manera, en cuanto podía se iba a Barcelona y traía las últimas obras de teatro publicadas. Las leían entre todos, cada uno se adjudicaba un papel. Así pasaban días de fiestas y veladas. Hasta que de pronto, en unas de esas idas a Barcelona, hizo nuevas amistades que empezaron solo con tertulias entre literarias y políticas y que acabaron nuevamente en el juego. A veces las partidas se prolongaban tanto que perdía el tren de vuelta del domingo y llegaba el lunes tarde al trabajo, e incluso no aparecía hasta el martes o el miércoles. Otras veces llegaba, pero la puerta de la colonia ya estaba cerrada, con lo que no podía entrar; esto significaba que se quedaba en la calle y debía buscar una habitación en el pueblo, por lo que a la «multa» que le cobraban en la empresa, que se descontaba del sueldo, se sumaba el gasto de la habitación, con lo que, como siempre, la economía seguía en negativo. Tanto se repitió esta situación y, a pesar de que la dirección de

la empresa le avisó varias veces, que llegó el despido, y lógicamente tuvieron que dejar la casa ya que era de la colonia y era difícil en el pueblo encontrar un trabajo que no estuviera relacionado con la fábrica, por lo que no tuvieron más remedio que trasladarse a Barcelona. Uno de los nuevos amigos de Mateo le facilitó un trabajo de «pasante» a su edad, y con un sueldo vergonzante.

Así que María vio cumplido su deseo de vivir en Barcelona, pero de la peor manera. No tenían ahorros, iban a un piso pequeño y oscuro de la calle Diputación, y su marido ganaba el peor sueldo desde que se casaron y ahora eran seis hijos; durante los cuatro años que estuvieron en el pueblo nacieron dos niñas, Eugenia y Lucía, y la marcha era casi peor que la llegada. Diego, el mayor, con dieciocho años, desde que llegó trabajaba en la colonia y José, recién cumplidos los doce, ya hacía dos años que también trabajaba en la colonia; ambos tuvieron que buscar un nuevo empleo. Incluso Luisa entró como aprendiz en un taller de costura. Con los cuatro jornales conseguían vivir, pero con precariedad. Así y todo lo afrontaron con humor, ninguno de los hijos estaba muy dotado para el estudio, solo Andrés, el cuarto, manifestaba algún interés; por entonces tenía once años, y pensaban que podía ir más allá en los estudios de lo que habían hecho sus hermanos.

La mudanza a Barcelona causó a María un disgusto añadido, pues hubo de dejar en el pueblo a «Mora», la perrita que adoptaron; más bien fue la perrita la que se integró en la familia. A los pocos meses de estar en el pueblo apareció José con «Mora», decía que era ella quien le seguía a todas partes. Cuando él entraba en casa, ella se quedaba en la puerta esperando a que saliera. José le daba algo de comida, se lo quitaba de la suya a escondidas de su madre, ayudado por Luisa, que era su cómplice. Diego no quería saber nada del perro, como tampoco quería saber nada Andrés a no ser

para propinarle algún puntapié cuando se le cruzaba en su camino, según decía. María en un principio tampoco lo quería, nada más le faltaba eso, decía, un perro que alimentar y cuidar. Cuando llegó octubre, los días refrescaban y se puso a llover de forma torrencial, María no podía ver a la perrita adosada a la puerta, cobijada lo más que podía para no mojarse; lo que no sabía María es que pasaba las noches durmiendo con José, este en cuanto se despertaba para ir con su hermano a la colonia, la sacaba a la calle, luego los acompañaba hasta la fábrica y rondando por los alrededores se quedaba hasta las cuatro de la tarde cuando salían, y nuevamente hacía con ellos el camino de vuelta. Del pueblo a la colonia tenían casi una hora andando, pero a José desde que le acompañaba en su caminata Mora, se le hacía más llevadera.

Al llegar, los instalaron en una casa del pueblo, pues para disponer de casa en la colonia debían trabajar tres personas de la misma familia, y cuando llegaron José aún no había cumplido los diez años que era la edad establecida para entrar a trabajar; una vez que los cumplió, seis meses después de llegar, entró a trabajar, pero entonces no había una vivienda disponible para ellos, por lo que estuvieron casi tres meses yendo desde el pueblo a la colonia. A las cinco de la mañana debían estar en presencia del encargado, por lo que tenían que salir del pueblo a las cuatro de la madrugada. Mateo no empezaba la jornada hasta las siete ya que como empleado de oficinas tenía un horario menos severo. A María se le partía el alma cada vez que veía cómo sus hijos se levantaban de la cama a las tres y media de la mañana y en plena noche emprendían el camino hacia la colonia. En un principio ese camino lo hizo solo Diego, aunque no era realmente así ya que solían ir muchos trabajadores juntos, sobre todo trabajadoras; eso era para Diego el único aliciente, ir al lado de tantas chicas, pronto se hizo popular entre ellas, ya que su gracejo y acento andaluz les encantaba. Luego, se instalaron en una casa de la colonia y se ahorraron las caminatas. Aunque vivían allí muchas familias, la sensación de

aislamiento era superior a la que sentía María en el pueblo, además de que cuando ya se relacionaba con alguna de sus vecinas, tuvo nuevamente que enfrentarse a conocer nuevas personas.

Pero algo ganaron, la casa era un poco más grande que la del pueblo y tenía un pequeño patio, lo que facilitó integrar en la familia definitivamente a Mora. José le construyó un pequeño cobertizo para que se cobijara allí, pero Mora se refugiaba en el interior de la casa, se hizo un sitio al lado de la estufa de cáscaras. María le facilitó la instalación, le puso una tela vieja de las que corrían entre los deshechos de la fábrica y Mora, en cuanto llegaba la noche, se instalaba en su manta al lado de la estufa y de allí no se movía, excepto cuando se apartaba resoplando de calor y con la cola medio chamuscada. El cobertizo en el patio era la prueba evidente de que la perra oficialmente dormía allí, pero no lo habitó nunca, puesto que en verano dormía al fresco del patio y en invierno al lado de la estufa.

Mora, por tanto, era un miembro más de la familia, querido y cuidado con dedicación por María, José y Luisa. Aceptado por Mateo con más cariño del que admitía. Tolerado por Diego sin gran entusiasmo, con menos aún por parte de Amalia, y totalmente repudiada por Andrés, que no tenía más remedio que aguantarse, pero seguía, siempre que no lo veían los demás, propinándole puntapiés. Mora respondía a todos de igual manera, era cariñosa y zalamera con quienes le trataban con mimos y atención, recibía siempre con grandes muestras de alegría a Mateo y se mantenía alejada de Diego y Amalia, y sobre todo de Andrés, ya que tenía muy claro lo que podía esperar de él.

En el momento que se planteó la marcha a Barcelona, Mateo tuvo que afrontar la recriminación de María respecto a Mora, la perra no podía acompañarlos a Barcelona. ¿Cómo iban a tener un perro en un piso? José y Luisa estaban desolados y María no paraba de llorar, todo era un desastre, una nueva mudanza a peor y tenían que renunciar a la compañía del perro, pero no había otra

salida. Unos vecinos se quedaron con la perra, eran buena gente y pensaban que la cuidarían bien, pero eso no les compensaba de la pérdida de su compañera de los últimos años.

Subidos al carro que los iba a llevar al pueblo y de allí a la conductora que los trasladaría a Barcelona, todos llevaban lágrimas en los ojos. María quería hacerse la fuerte de cara a sus hijos, pero llevaba fijado en la mente la expresión de tristeza de Mora. En esa expresión, percibió que la perra sabía que se iban, y se quedaba otra vez sola, es como si en aquella última mirada, le hubiese dicho «no me fío de la gente con quien me dejáis, en cuanto os deis la vuelta me abandonarán y otra vez por la calle a pasar hambre y frío, a recibir patadas de todo el mundo, al menos antes solo eran de Andrés, pero los demás me querían». Todo eso le pareció percibir a María en la mirada de la perra, y se dijo: «Mi calamidad produce otras calamidades, ¿cuándo se acabará esto, Dios mío?! Cada vez voy a peor, y somos más, y cada vez he de dejar algo atrás». Aunque, y curiosamente, esta vez le sabía peor dejar atrás a su perra que cuando en Sevilla dejó a su padre y a la familia de su marido, ellos le habían tratado injustamente y sin ninguna caridad, la perra en cambio le había dado cariño, respeto y agradecimiento, y por eso le dolía dejarla.

Se instalaron en su nueva casa, un piso pequeño con tres habitaciones reducidas, un comedor y cocina, y una pequeña galería que daba al interior de manzana, en la que estaba instalada la comuna y el lavadero. En una de las habitaciones, en dos camas y un camastro, se instalaron los chicos; en la otra habitación, compartiendo cama, Eugenia y Amalia; en otra, Luisa, y Lucía dormía con sus padres en la misma habitación en una cuna, pues apenas tenía año y medio. No es que en la colonia estuvieran más anchos, pero la dimensión de la casa en general era más grande, además de que el patio y el hecho de estar al pie de calle daban la sensación de disponer de más espacio.

La instalación no fue fácil, puesto que en los anteriores traslados habían tenido tiempo de arreglar la casa mínimamente y cuando llegaron al pueblo, a pesar de las limitaciones de la casa, estaba limpia y en condiciones, al igual que cuando se trasladaron a la colonia. Pero ahora, el nuevo piso solo lo había visto Mateo, según él con pequeños «toques» se podía adecentar. De entrada, no tenían muebles, las casas del pueblo y la colonia, aunque muy someramente, estaban amuebladas, pero ahora no tenían nada. Solo María, por experiencia, era previsora, y en el momento que fue definitivo el traslado, consiguió de la misma colonia la borra suficiente para confeccionar colchones para todos y en un traslado siguiente al suyo llegaron los colchones, por lo que la primera noche tuvieron que dormir en unos jergones que les prestó una vecina del nuevo piso. Aprovecharon el día siguiente ya que era domingo para pintar toda la casa y encalar la pequeña galería. María, al frente de su pequeña brigada de limpieza, petroleó los somieres de las camas que Mateo había adquirido en los encantos de la plaza de las Glorias, para eliminar todos los habitantes no deseados, los chicos pintaban y ella, Luisa e incluso Amalia con solo cinco años fregaron el suelo con estropajos, jabón y lejía. María con mayor ahínco aún restregó con sosa cáustica la madera de la comuna, y el interior con sal fumán. El lunes por la mañana llegaron los colchones y el resto de equipaje. Los chicos, aún sin trabajo, montaron todas las camas y dieron los últimos toques de pintura, dejando la casa limpia y reluciente, faltaban muchos detalles, pero lo principal, como la cocina, comuna y camas, estaba limpio. A los pocos días la casa respiraba el ambiente y la confortabilidad que María sabía impregnar a todo lo que tocaba. Según ella faltaba de todo, cortinas, cuadros y otras cosas. Era consciente de que después de casi veinte años de matrimonio, no tenía nada, solo algo del ajuar de cuando se casó, pero ni un solo mueble, utensilio o adorno de los que tuvo en su primera casa de Sevilla, todo lo vendieron para reunir algo de dinero en su

traslado a Cataluña, y ahora ni eso. Solo un dinero que apareció milagrosamente de manos de Mateo permitió comprar los escasos enseres, muebles, utensilios de cocina y mesa, para instalarse precariamente en el nuevo piso. Una vez instalados con cierta dignidad en la casa, Diego y José salieron a buscar trabajo y María se preocupó de encontrar también para Luisa, así como de inscribir a los pequeños en la escuela de la parroquia del barrio.

María tenía claro que allí no hubiera podido encajar la perra, pero no paraba de recordarla y de mencionarla: «Ahora se sentaría allí, ahora comería, me la encontraría todo el tiempo entre las piernas, sería un estorbo... pero estaría tan bien aquí en la cocina al lado del fuego...».

A la semana de estar en Barcelona, un domingo Mateo salió temprano. Le dijo a María que tenía unos encargos que hacer y volvió alrededor de las tres de la tarde. José llegó más o menos a la misma hora. Ya estaban a punto de comer, se sentaron y de pronto oyeron unos ruidos extraños en la puerta, como si la arañaran. María, asustadiza de por sí, se inquietó mucho y pidió a Diego que fuera a ver qué pasaba. Diego se limitó a decir:

—José, ves a ver qué hay.

José se levantó rápidamente y fue para la puerta, la abrió y se oyeron sus gritos en todo el edificio.

—¡Mamá, Luisa, papá, todos venid, corred, qué alegría, olé, olé, qué bien!

—Pero, ¿qué pasa, hijo?

María se dirigió a la puerta alarmada con los gritos de su hijo. Todos corrían a ella, pero dada la estrechez del pasillo y recibidor tuvieron que ir accediendo en fila india.

—Ay, qué alegría, pero cómo es posible... ¡Mateo, ven, mira!

—Sí, sí, ya estoy aquí, pero el último de la fila, ¿qué pasa?

Y allí estaba, moviendo la cola, dando brincos yendo de José a María, de ella a Luisa, saltando, dando vueltas sobre sí misma, jadeando y echándose sobre todos, excepto Andrés, que era el único que seguía sentado a la mesa.

—¡Pero, cómo es posible, cómo nos ha encontrado, cómo ha podido venir desde allí!

Decía María, no saliendo de su asombro y exultante de alegría.

—Sí, papá, ¿cómo ha podido venir desde la colonia, cómo es posible?

Luisa, acariciando y abrazando a Mora, interrogaba a su padre, y Amalia, contagiada por el entusiasmo de su madre, de José y Luisa, aguardaba la respuesta de su padre.

—No sé, los perros son muy listos y pueden hacer esto y más...

—Ella sí que nos quiere de verdad, ha hecho esta hazaña por nosotros... —decía María que, junto a Luisa, no paraba de prodigar toda clase de mimos a Mora.

—Sí, es verdad, ella nos quiere —decía José.

Y mientras miraba a su padre, que socarronamente y con auto-complacencia veía cómo se iluminaba la mirada de María, se coloreaban sus mejillas y volvía a estar feliz, dentro de lo que cabía en aquel miserable piso de Barcelona al que, por su mala cabeza, él les había llevado. Sintiendo feliz, se sentó en la silla, estaba desfallecido de hambre y de cansancio. Hacer lo que había hecho en una mañana no era fácil, pero la expresión de toda la familia lo valía. Mientras, Diego pensaba: «¡Qué gran fabulador... Encima de que nos ha traído aquí, ahora mamá es la mujer más feliz del mundo y le perdonará todo... y así hasta la próxima...».

LUISA

Luisa entró en el taller como aprendiz a pesar de que era demasiado mayor, ya que las aprendices solían tener entre diez y once años. Aunque la ley no permitía el trabajo hasta los doce, no solía cumplirse. Los amos de los talleres se aprovechaban de las necesidades de trabajo y aceptaban niñas de esa edad. Lo solventaban de cara a las escasas inspecciones, escondiendo a las que no tenían la edad y en otros casos mintiendo sobre ella, lo cual era fácil ya que las duras condiciones de la vida hacían que muchas niñas se desarrollaran tardíamente, por lo que no era raro que una chica de dieciséis o diecisiete años aparentara cuatro o cinco años menos, y en contadas ocasiones se hacían comprobaciones documentales.

Luisa tenía diecisiete años cuando entró en el taller, y no parecía tener más de catorce, era menuda, bajita y muy guapa. Dócil y dulce en el trato, simpática y alegre, y al mismo tiempo con muchos momentos de aislamiento. Todavía persistía aquel mutismo en el que se quedaba de pronto mirando un punto fijo. Si años atrás esto originó cierta preocupación a sus padres, ahora se contemplaba como una rareza y nada más. La encargada del taller la aceptó por su actitud y docilidad, pero enseguida se dio cuenta de que sus aptitudes para la costura eran escasas. A pesar de que la principal ocupación de las aprendices era limpiar y cumplir las constantes y a veces absurdas órdenes de las oficiales, las pocas ocasiones en que le daban algo para coser, su habilidad era nula. María era consciente de eso, pero pensaba que una mujer

solo podía trabajar de costurera y tenía la esperanza de que allí aprendería lo que en casa había sido imposible de asimilar. Hasta entonces Luisa ayudaba a su madre en todas las tareas domésticas, especialmente se cuidaba de sus hermanos pequeños, la costura la hacía siempre María.

Después de poco más de un año en el taller, llamaron a su madre y le dijeron que no podían seguir empleándola, era demasiado mayor para aprendiz y no podía pasar a oficiala, era totalmente negada para la costura y además no ponía ningún interés, se eternizaban en sus manos lo que le daban y lo que en un principio era un trozo de tela nuevo y reluciente después de pasar por ella terminaba en un trapo sucio y arrugado. No obstante, la encargada sentía simpatía por Luisa y le comentó a su madre que unos parientes suyos tenían una perfumería muy importante en la que necesitaban personal, pensaba que allí Luisa podía encajar mejor. Su dulzura y simpatía, así como su paciencia, podían ser muy útiles para atender al público.

De allí se fueron las dos para la perfumería y al día siguiente ya estaba Luisa detrás del mostrador atendiendo a la clientela. Se ganó la simpatía de todos, jefes, compañeras y compañeros, ya que había una sección de caballeros, y de la clientela. A ella le encantaba el trabajo, era mucho más agradable que el taller y sobre todo más limpio. Se olía a jabón y a perfumes, todo relucía, la tienda estaba llena de espejos y no dejaba de mirarse por ellos, desde todos los ángulos y posiciones, así como le permitía observar a los demás, sin que ellos se dieran cuenta. El principal atractivo de la tienda era Juan, el hijo de los dueños, tenía veintiséis años, guapo, seguro de su posición y encanto, llevaba de cabeza a todas las mujeres del barrio, desde las señoras, hasta las criadas, pasando por las dependientas de la tienda. Era alto, moreno, tenía unos ojos grandes y negros, y unas manos huesudas y elegantes, manos de pianista decían, las cuidaba con esmero, al

igual que el resto de su persona. Tenía un gran don para tratar a la gente, muy circunspecto y galante con las señoras de cierta edad, simpático y sutilmente conquistador con las jóvenes, y sencillo y asequible con las empleadas.

Por lo que todas estaban enamoradas de él, pero las que ya llevaban un tiempo sabían que no había nada que hacer. Se divertía, pero al margen de las empleadas de la tienda; es la condición que le habían impuesto sus padres: divertirse y disfrutar de la vida, pero sin mezclar el trabajo con el ocio, así que las empleadas eran tabú. Además, tenía novia oficial, la hija de un fabricante de esencias, una chica guapa, rica y con una educación esmerada. Cuando acudía a la tienda, las dependientas no podían evitar sentir envidia, pero a la vez justificaban la elección de su jefe, porque ella también era guapa y elegante.

Luisa desde el primer día se fijó en Juan, y él pareció que sentía una especie de atracción también hacia ella, si bien podía ser que solo quiso resultar amable con aquella chica tan menuda y poca cosa y a la vez grácil y dulce. Se mostró simpático y asequible, pero nada más. Nada que no hubiera hecho en otras ocasiones con otras dependientas, pero Luisa solo vio que le mostraba una atención especial y en su mundo subjetivo y confuso se elaboró una historia de amor que acababa en boda y que le rescataba de la precariedad y grisez de su vida. Así y todo, era consciente de que no le prestaba toda la atención que ella esperaba y necesitaba, por lo que ideó un sistema. Cuando él estaba de espaldas, Luisa de forma directa o a través de los espejos, fijaba la vista en su nuca y se concentraba en ella, e iba diciendo mentalmente: «Gírate y mírame», repitiéndolo constantemente, hasta que por casualidad o porque realmente él sentía la presión de su mirada, se giraba, aunque no siempre al volverse la miraba a ella, sino que sus ojos vagaban en busca de algo que no llegaba a recalcar en Luisa. Esta práctica se convirtió en obsesión; por suerte él no acudía cada día

a la tienda y cuando iba solo estaba unos momentos, ya que en cuanto llegaba, Luisa dejaba de lado su trabajo y procuraba como fuera dedicarse a su tarea hipnótica. Una de sus compañeras había observado la mirada fija de ella y su abstracción, y le preguntó qué le pasaba. Luisa le quitó importancia y le dijo que era algo que le ocurría desde pequeña y que no era nada. Pero su compañera, que era buena observadora, se dio cuenta de que esa mirada fija estaba centrada en un punto y ese punto era Juan. En cuanto pudo le comentó:

—Quítatelo de la cabeza, no hay nada que hacer, no se liaré contigo ni para pasar el rato. No lo ha hecho nunca y no lo hará ahora que va a casarse.

Luisa repuso:

—Es que no va a casarse con su novia, sino conmigo y debo decírselo.

Su compañera creyó que era broma, pero luego se dio cuenta de que Luisa hablaba en serio y en ese momento vio un extraño brillo en los ojos de Luisa, que le causó un escalofrío. Pensó en comentarlo a la encargada, pero luego se dijo que tal vez por esa tontería que a lo mejor era pasajera, Luisa podía perder el trabajo, así que optó por callarse, pero vigilaba atentamente a Luisa.

María también veía con preocupación una acentuación de los momentos de mutismo y aislamiento de Luisa. Al principio de estar en la perfumería, Luisa se mostraba contenta y animada, le comentaba a su madre que el trabajo le gustaba mucho más que el del taller, le explicaba cosas de las compañeras, de la clientela, sus comentarios siempre con sentido del humor, a todo le sacaba una visión graciosa, se reía de lo presumidas que eran las señoras ya muy viejas y con la pretensión de que polvos, cremas o pinturas podían disimular sus arrugas, granos y verrugas. De quien más se reía era de las señoritas que ella decía, muchas antipáticas y

orgullosas, algunas feísimas. Las imitaba con gracia, pero después se quedaba callada y absorta con los ojos en la lejanía. Sus hermanos eran entonces los que se reían de ella. «Ya se ha quedado en Babia», decían. «Luisa, busca tu cabeza que la pierdes», y bromas por el estilo, pero ella no los oía. Sus padres se reían de sus bromas y de las de los hermanos, pero veían con cierta preocupación su ensimismamiento.

—¿No crees que deberíamos hacer algo? —decía María a Mateo.

—¿Qué quieres hacer, llevarla al médico por esto? Nos cobrará la visita y dirá que son cosas de la edad, todas las chicas hacen estas cosas.

Mateo lo decía para tranquilizar a María y de paso trataba también de convencerse, pero no lo tenía muy claro. Quería no pensarlo, pero se le ponía un vacío en el estómago recordando a un tío suyo, que desde muy joven estaba en el manicomio. No sabía por qué, no se hablaba de él, y se había enterado casi por casualidad, pero así era, desde los veinticinco años estaba internado, y era mayor que su padre que ahora debía pasar de los setenta. Ni tan siquiera sabía esto María, era el secreto de familia del que nadie habla, y como había ocurrido cuando aún estaba su familia en Sanlúcar, es probable que nadie en Sevilla conociese ese hecho.

La vida transcurría con monotonía y precariedad. El sueldo de Mateo justamente cubría el alquiler y los gastos más básicos como el carbón y la comida. Con los jornales de Diego, José y Luisa podían comer, pero sin grandes alegrías y poco o nada quedaba para gastos inesperados o para que los chicos tuvieran algo para ellos. Eso siempre y cuando Mateo no tuviera una racha de pérdidas y entonces se quedaban sin el sueldo básico del padre. Curiosa-

mente solo se enteraban de las pérdidas, y cuando eran seguidas, puesto que cuando se alternaban con las ganancias cubría unas con otras.

Todo esto causaba tensión y continuos enfrentamientos en la familia. Diego y José eran lo suficiente mayores para darse cuenta del comportamiento del padre, y no lo toleraban. Trabajaban para alimentar a su madre y hermanos y para tener una casa con las mínimas condiciones, pero no podían tener nada para ellos y menos ahorrar. ¿Qué futuro tenían? Ninguno, al menos hasta que el resto de los hermanos fuesen autosuficientes y ¿cuándo sería eso?, si Lucía la pequeña acababa de cumplir dos años.

Diego se evadía de todo esto con sus amigos, había entrado en un grupo de teatro de aficionados, y pasaba el menor tiempo posible en casa. José se había inscrito en el Centro Excursionista de Cataluña, por lo que los días laborables entre el trabajo, y reuniones en el centro, y los domingos con las salidas, apenas estaba en casa. De esta forma los dos hermanos eludían lo más posible el encuentro con el padre. Aun así, el contacto en una casa tan pequeña era inevitable, y solo se soportaba con el sentido de humor y guasa de todos y en especial del padre.

Cada vez que uno de ellos quería plantarle cara y hablarle, él utilizaba su gracia y labia para convencerles de que pronto se iba a resolver la situación. Tenía planes, un colega iba a abrir un despacho y contaba con él, serían socios y con su experiencia y saber hacer se harían ricos. Solo le creía María, ella a pesar de todo seguía confiando en él y esperaba que conseguiría al final la situación que se merecía, esa esperanza le mantenía el ánimo. En cambio, hacia Mateo la actitud era siempre malhumorada. Cuando había calma, le daba por la llantina, por recordar Sevilla y la familia, él trataba de consolarla, de hacerle reír, poco le costaba. María pasaba con gran facilidad del llanto a la risa y al revés, así y todo, esos momentos eran los menos malos, pues entonces acep-

taba sus demostraciones de afecto y caricias, adoptaba una postura de niña mimosa que aún encandilaba a Mateo. Lo terrible era cuando estaba de mal humor y rabiosa. Se lamentaba de no poder salir a la calle correctamente vestida. De no tener para comprar alimentos mejores para sus hijos, de la vida que hacía, todo el día limpiando, guisando y sin ningún aliciente. No había dinero para ir al teatro, solo podía salir a pasear, sin pararse a tomar un refresco, pero tampoco podía hacer esto ya que no iba como ella consideraba que debía vestir. Así que su carácter se fue amargando cada día más, cada vez eran más los días que estaba enfadada, se le había quedado crónico como ya se insinuó en aquellos primeros años en Sevilla. Vivía para sus hijos, y su distracción eran ellos, esperaba la vuelta del trabajo para que le explicasen cosas y le distrajeran de la rutina de cada día.

En las niñas y en especial en Luisa también encontraba consuelo, pero esta también era imprevisible, unos días llegaba locuaz, y le explicaba un montón de cosas de la tienda. Otras en cambio, no tenía ganas de hablar y por otra parte María siempre la esperaba con algún trabajo, ayudarla a preparar la cena, planchar o recoger ropa. Luisa no soportaba esto, le decía a su madre que estaba trabajando todo el día y sobre todo de pie. En la tienda no dejaban que se sentasen ni un solo momento, no daba buena impresión hacia la clientela, parecía que no tenían nada que hacer, así que pasaba las diez o más horas que estaba en la tienda de pie o apoyada disimuladamente en alguno de los cajones del frontal. Cuando llegaba a casa solo pensaba en sentarse o en tumbarse en la cama, y dejar llevar su imaginación hacia los momentos que había visto a Juan. También de esto dependía el humor de Luisa, ya que si él iba por la tienda y en algún momento le hablaba o miraba era suficiente para levantar su moral e ilusión. Era entonces cuando llegaba a casa contenta y con ganas de hablar. Pero si Juan no aparecía por la tienda o no le hacía caso, entonces llegaba a casa con todo el cansancio acumulado a lo que se unía la rabia por su situación.

Luisa seguía con su plan de provocar la atención de Juan, se concentraba en su nuca, con la vista fija, de tal manera que no oía cuando la llamaban. En más de una ocasión su compañera acudía a suplirla o le daba un empujón para que reaccionara. No solo era algo que hubiera percibido su compañera, las demás también eran conscientes y se convertían en espectadoras del extraño experimento. Las más jóvenes lo veían como algo romántico y divertido, las mayores, empezaban a dudar de la salud mental de Luisa, pero nadie lo había comentado a los jefes. Hasta que un día fue tan evidente que se dio cuenta la señora y madre del objeto de amor de Luisa. Se dio cuenta porque ella misma llamó a Luisa y esta no le respondió, estaba absorta mirando algo y la señora vio que el punto de atención era su hijo que en aquel momento estaba hablando con su prometida. Tal vez era por eso, que Luisa extremaba su fijación, para que él dejara de prestar atención a su novia y se volviera hacia ella. La llamaron varias veces, la señora, la encargada, su compañera, primero en un susurro después a gritos, por fin su amiga la zarandó y entonces Luisa cayó al suelo, tiesa en un principio e inerte, después empezó a dar patadas y gritos, moviéndose de forma convulsiva. Nadie sabía qué hacer, le tiraron agua, le abofetearon cuando pudieron acercarse a ella, hasta que el ataque cedió, y se quedó como una muñeca de trapo, descoyuntada, con el cabello mojado y pegado a la cara. Entonces se replegó sobre sí misma y si ya era pequeña, se hizo más, se colocó en posición fetal y empezó a llorar de forma silenciosa. Todo esto ocurrió en pocos minutos, cuando empezó Juan y su novia salieron de la tienda él no quiso que su novia viera el espectáculo y no se preocupó en absoluto de lo que le pasaba a su empleada. Una vez Luisa fue recuperándose, decidieron que lo mejor era que se fuera a casa, le acompañaron la encargada y su compañera.

Al llegar a casa, la metieron en la cama y llamaron al médico, Luisa se quedó inmediatamente dormida. Mientras esperaban que viniera el doctor, que una vecina había ido a llamar, María pi-

dió a la compañera que le explicase lo sucedido. Ella se lo contó, desde el principio, la obsesión de Luisa con el hijo de los dueños, su experimento y el desmayo o ataque que había padecido. Al poco llegaron Diego y el padre que venían a comer al mediodía. María estaba hecha un mar de lágrimas, y no lograban sacarle ninguna información, fue la compañera quien nuevamente hubo de explicar lo ocurrido.

Cuando María empezó a decir algo inteligible, fue para recriminar a Mateo por no haberle hecho caso cuando ella decía de acudir al médico.

—Ya lo decía yo que esto no era normal, pero claro yo soy una exagerada, y a la niña no le pasa nada, y ahora qué... Esto no es nada. Claro tú todo el día por ahí, sin preocuparte de la familia, gastando el dinero que no tenemos. Seguro que todo lo que le pasa a Luisa es culpa de lo mal que come, y de tener que trabajar. Ella, la nieta de mi madre, trabajando de dependienta, aguantando que sé yo, porque a lo mejor es que este chico se ha propasado o le ha hecho creerse algo que luego no... Mi pobre niña... qué va a ser de ella, qué desgracia de familia, si estuviéramos en Sevilla, nada de esto hubiera pasado, pero qué desgracia Dios mío qué desgracia...

Era imposible parar aquel torrente de lamentaciones dichas a toda velocidad y con su acento sevillano que originaba que tanto la compañera de Luisa como otra de las vecinas que habían acudido, captasen la mitad de lo que decía.

Mateo trataba de consolarla, de callarla, pero cada vez que se acercaba era peor, gritaba más y empezó a temer que ahora le diera el ataque a María. En medio de todo el lío apareció Eugenia, tenía entonces seis años. Se acercó a su madre, le cogió de las manos, y con una voz clara, serena y a la vez grave y potente para una niña de su edad y físico, pues también era menuda y muy delgada, dijo:

—Basta, mamá, no llores más, no grites, si Luisa te oye, se pondrá peor. Además, es la hora de comer. No es que tenga hambre, pero es la hora y si llega José y no tiene la comida a punto ya sabes que se enfada.

María calló de pronto, se secó las lágrimas, se sonó la nariz y como un autómata se fue para la cocina. Mateo y Diego estaban perplejos al igual que los demás.

—Mecachis con la niña ésta, no te fastidia —decía su padre asombrado—, pero ¿de dónde ha salido ésta?

—Supongo que del mismo sitio que la loca que está en la cama —dijo Diego—, pero al menos ésta no da guerra.

—Cállate, tu hermana no está loca, son cosas de mujeres.

El resto de las mujeres que estaban presentes no estaban muy de acuerdo con esta afirmación, pero optaron por callarse y, aun cuando se morían de ganas por ver qué pasaba, empezaron a marchar.

—Bueno, si no necesitan nada, pues ya saben dónde estamos... Gracias, adiós, son muy amables —las despedía Mateo con su gracia y simpatía. Se fueron todas pensando qué pena que un hombre tan agradable tuviera una familia tan difícil y sobre todo una mujer tan poco comprensiva.

El médico no aportó mucho, solo dijo que podía ser un ataque de histeria, pero debido a cosas de mujeres, de momento no tenía más importancia. Le recetó unas gotas, y le aconsejó que, si otra vez pasaba algo por el estilo, le dieran una ducha fría inmediatamente del inicio del ataque, sin tan siquiera desvestirla. Diego pensó: «En casa las duchas siempre son frías, pues no hay agua caliente». Sus hermanas y madre se bañaban los domingos en el lavadero, pero antes calentaban agua y ellos acudían a los baños públicos, así que de duchas pocas y siempre frías. Por eso tal vez ellos no tenían esos ataques.

También les recomendó que no fuera a trabajar durante unos días. En realidad, se había quedado sin trabajo. Al día siguiente del ataque, una de las encargadas se presentó en la casa. Sus jefes le enviaban a ver cómo estaba la enferma, «qué amables», pensó María, pero no era nada de eso, sino que la encargada traía un sobre donde generosamente le entregaban la semana completa. El ataque había sido un viernes, por lo que el gesto era bien poca cosa. Y a la vez les transmitía el recado de que era mejor que se repusiera bien. Claro, durante este tiempo debían cubrir su puesto y no podían esperarla. Una vez dicho esto, la encargada, sin tan siquiera querer ver a Luisa, salió corriendo, parecía que tenía miedo a estar en la casa de una loca, y dejó a María que en unos segundos pasó de la satisfacción porque los jefes de Luisa se preocupasen de ella a maldecirlos por echarla.

Mateo, al enterarse, le dolió, pero comprendió la postura de los perfumeros. Diego se rebotó, y ahora qué, un jornal menos y además gastos nuevos de medicinas. Andrés no dijo nada, permaneció impasible como era habitual en él. José, gritando «peste de capitalistas», quería ir a tirar piedras al escaparate de la tienda. Mateo intentó calmar a todo el mundo, ya se resolverá, nos apretaremos el cinturón.

—¿Qué cinturón? —dijo Diego—, porque yo no llevo, lo que tengo es una tira que mamá aprovechó de un bolso viejo. Así que no me vengas con bobadas y procura durante un tiempo no jugar.

Era la primera vez que se pronunciaba la palabra «jugar» directamente. Era sabido, pero nunca dicho. Mateo empleaba palabras vagas y altisonantes para hablar de sus pérdidas como... «He tenido un descalabro económico, un pequeño desequilibrio financiero, una alteración en las previsiones de gastos», pero nunca y simplemente, «he perdido jugando». Esta palabra nunca se había dicho hasta ese momento.

Mateo se quedó blanco, pareció que por primera vez en su vida no sabía qué decir. María saltó.

—No hables así a tu padre.

—¿Pero por qué le defiendes?, si luego te pasas todo el día quejándote de tu vida y de tu triste suerte.

—Sí, pero son cosas mías, me quejo en voz alta, pero es tu padre y le debes un respeto.

—¿Y él no nos debe un respeto que con su vicio nos ha llevado a todos y a ti la primera a la ruina?

—Solo han sido pequeños contratiempos económicos, pero todo se va a solucionar, pronto entraré a trabajar con Domínguez..., el colega del que os hablé. Ya veréis que entonces todo será distinto.

Mateo dijo esto con voz temblorosa, entrecortada, por primera vez su aplomo, gracejo y soltura fallaron. Es como si se diera cuenta real de su situación y de cómo afectaba a toda la familia. Estaba abatido, se sentó en el único sillón de la casa, apoyó la cabeza en las manos y se puso a llorar.

—Mateo, por favor, no llores, no puedo verte así, aquí la llorona soy yo. Ves lo que has conseguido, Diego, pide perdón a tu padre.

Diego estaba incómodo, pero seguía furioso y ante aquella imagen derrotada de su padre, aún se creció más.

—Debía haber llorado cuando nos fuimos de Sevilla, cuando le echaron de la colonia, cuando se quedó sin trabajo la primera vez y no ahora. Ahora lo malo ya está hecho, ahora somos nosotros quienes le sacamos las castañas del fuego y quienes oímos a todas horas tus quejas, mamá. Así que no vengáis con lloriqueos —y dando un portazo se fue.

Los demás hermanos estaban atónitos. José pensaba que su hermano tenía razón, pero le daba pena su padre, y su madre aún